

Conclusiones

Haciendo un balance final y partiendo del análisis comparativo de los modelos productivos ajenos a las condiciones de un pueblo como México, hicimos una revisión de la implantación del modelo de la Revolución Verde, con la introducción de semillas de alto rendimiento y sus respectivos paquetes tecnológicos en la agricultura tradicional milenaria de México. Si bien el modelo de aumento de productividad de la Revolución Verde halló inspiración en la teoría malthusiana que predecía una era de hambruna de la humanidad, también usó el argumento de acabar con el hambre y la pobreza de los pueblos de los países en vías de desarrollo. Lejos de cumplir el argumento señalado, fue precisamente en este periodo productor de excedentes alimentarios cuando la desigualdad y la marginación alcanzaron cifras sin precedentes. La promesa modernizadora de los modelos productivos probados a lo largo de la historia de México y Latinoamérica ha ignorado el constante fluir de las culturas allí donde se ha tratado de implementarlos. Hasta la fecha sigue existiendo un choque entre dos visiones muy distintas: la agricultura competitiva frente a una agricultura de subsistencia.

La idea productivista de generar más alimentos ha tenido un cabal cumplimiento, pero el costo ha sido muy alto. Se impuso la idea de que no habría otro modelo para sacarnos de pobres. Como afirma la teoría de la dependencia, el crecimiento y desarrollo de ciertas regiones se ha concentrado en los países del centro, pero fue logrado a expensas del subdesarrollo de todo el resto del mundo. La cerrazón de creer solucionar los problemas desde un solo ángulo ha generado una concentración aguda e inequitativa. Cada vez menos manos (las tecnologías) resuelven los problemas de productividad, pero sin considerar la existencia de los seres humanos. Hoy en día se percibe una distorsión en cuanto a lo que es prioritario. La excesiva producción de alimentos ha ido acompañada de una cultura del consumo y desperdicio exagerada.

La Revolución Verde está envenenando a nuestros pueblos de maíz, de los cuales formamos parte; los elementos básicos como la tierra y el agua también están siendo contaminados; los alimentos que consumimos, producidos por la agroindustria, cada vez son peores; las enfermedades aumentan y seguimos sin resolver el problema del hambre y la pobreza.

Con la llegada de la Revolución Genética se ha pretendido renovar el discurso malgastado e hipócrita de la anterior propuesta salvadora: la Revolución Verde. No quedando satisfechas, las grandes empresas del capital trasnacional han redireccionado sus antiguas prácticas en la industria química, vislumbrando ganancias extraordinarias en el sector de las semillas. Después de haber viciado y erosionado las tierras, contaminado y deteriorado las aguas, enfermado y envenenado a mucha gente; ahora pretenden volver a convencernos con la última moda tecnológica.

Como dice Jeremy Rifkin, comenzamos a entrar en una era sin precedentes en la historia. Las grandes corporaciones se están aventurando a transformar la esencia misma de los seres vivos con la “renovada” y “generosa” idea de que ahora sí resolverán el problema del hambre, la pobreza, y por añadidura las nuevas enfermedades. Sin duda alguna, esta nueva era está plagada de nuevas y más sofisticadas estrategias, los mecanismos de dominio rompen estereotipos; además, dichos instrumentos de control incluyen leyes supranacionales, cuentan con la protección de las patentes, ahora hasta de los seres vivos, y tienen injerencia directa e indirecta dentro de los puestos de gobierno, universidades e instituciones.

Específicamente en el área de los cultivos transgénicos, los científicos independientes nos previenen sobre los efectos irreversibles que implica la liberación de cultivos genéticamente transformados al ambiente, ya que a diferencia de la biotecnología aplicada a la farmacéutica, las plantas transgénicas poseen la capacidad de

reproducirse, por lo que se temen las consecuencias de largo plazo, en el sentido de cómo se relacionarán estos nuevos cultivos con el resto de los seres y vivos y en general con la naturaleza entera. El caso de la transmutación genética (transgénica) ya ha sido comprobado con la contaminación del maíz nativo en México, cultivo de origen que se encuentra en riesgo una vez que han sido liberados de forma “accidental” o “intencional” los maíces modificados en los laboratorios de las gigantescas corporaciones agrobiotecnológicas.

Lo que molesta realmente no es el avance científico, ya que es inobjetable que el desarrollo de la biotecnología puede contribuir de manera responsable al tratamiento de muchos de los problemas más acuciantes del momento, por ejemplo el tratamiento de nuevas enfermedades. Sin embargo, el control creciente y la competencia desbocada entre las empresas más poderosas se encuentra en la carrera de patentar todo lo que las empresas hallen útil para sus nuevas creaciones e intereses. De tal manera, la riqueza genética, fruto de 3,500 millones de años de evolución de la vida en la tierra, es hoy en día la materia prima que requiere la industria biotecnológica para desarrollarse.

El caso de las patentes de las nuevas semillas transgénicas se explica de la extracción del germoplasma o material genético, ubicado primordialmente en las zonas ricas en biodiversidad. Es decir, que países como México son extraordinariamente suculentos para el afán desarrollista de esta ciencia en pañales controlada por los titanes agrobiotecnológicos, que no se caracterizan precisamente por su elevado sentido ético. Patentar estas semillas transgénicas como nuevas creaciones es un aspecto sumamente metafórico, ya que la riqueza o diversidad genética es fruto de la aportación de los pueblos milenarios y resultado de su interacción respetuosa con su entorno. Por lo tanto, el adjudicarse el control de esta riqueza representa una actitud altamente egoísta e irresponsable, sobre todo cuando la biotecnología moderna se encuentra en etapa de

experimentación y por el momento podríamos hablar más de potenciales riesgos que de posibles beneficios.

Además, monopolizar las variedades transgénicas y cobrar regalías por su uso, se presenta como un atentado hacia la libre reproducción de la naturaleza, así como al mantenimiento de una cultura basada en el bien común. Ya se han dado casos de demandas presentadas por los gigantes biotecnológicos, donde a raíz del uso campesino de estas variedades modificadas se les presiona por medio de las leyes de patentes, de carácter supranacional, para que éstos retribuyan a los supuestos dueños el valor de su “invención”. Lo paradójico aquí es cómo y por qué se están contaminando cultivos nativos, ya sea por medio de la polinización cruzada o el intercambio de materia genética entre especies por diferentes elementos (viento, insectos, aves, mariposas, etc.). Lo que es claro es que de ocasionar una erosión genética (pérdida de especies), serían las grandes corporaciones las que determinarían el curso de la producción de alimentos, medicinas y probables curas, bajo la protección legal de las patentes. La carrera de los genes y su acaparamiento empujado por parte de estas industrias, activa una alerta roja en relación con la acelerada tendencia a patentar el código genético, cuestión que, de no ser cuidadosamente regulada, estará en poder de un puñado de empresas, que amenazan controlar todo aspecto vivo y, por lo tanto, el destino de una especie en decadencia.

Un problema esencial que aborda la implementación de nuevas tecnologías remite al aspecto de en qué grado existe un conocimiento integral sobre sus potencialidades, así como sus repercusiones. La elevada concentración de poder de estas “ciencias de la vida” y el limitado enfoque del aumento de la productividad deriva en la incompreensión de la diversidad de factores que implica su abordaje. Si es que los países en desarrollo, como México, pretenden obtener beneficios de las oportunidades que

ofrece la biotecnología, este alcance surgirá directamente en la medida en que nuestras políticas de desarrollo sean capaces de impulsar la biotecnología en relación a nuestras propias condiciones y necesidades. Se tendrán entonces que planificar procesos graduales de investigación dirigidos tanto a la regulación de las severidades biotecnológicas como a la aplicación potencial de sus bondades, con el imperativo de ser nosotros mismos los que marquemos el ritmo de desarrollo científico propio. De lo contrario, seguiremos siendo el campo experimental del “avance” de los países del centro y seguiremos albergando la esperanza de que algún día seamos quienes queremos ser, y no quienes otros quieren que seamos.

Nuestros pueblos ancestrales, nuestros pueblos de maíz han demostrado por más de cinco siglos la capacidad de conciliarse, armonizarse y fundirse frente a valores extraños y modernos; han conseguido sincretizarse y unificarse para seguir adelante y conservar su esencia. Hoy vivimos una nueva ocupación sin escrúpulos, dirigida al mantenimiento en reservas de nuestra herencia y a la reducción máxima de nuestra identidad. Nuestros pueblos de maíz hacen un vehemente llamado hacia el núcleo de nuestra interioridad, alzan la voz para decir que aquí estamos, para recordarnos que también de aquí somos. Formamos parte de un todo, nuestra existencia se funde en la existencia que nos rodea y se recrea gracias a la vida. ¡Vive maíz, vive mi pueblo!

De este análisis se desprende que si hay alternativa, ésta reposa en el interior de las propias comunidades campesinas. Y podemos explicar y entender estas opciones en las universidades si comprendemos que *desde hace más de cinco siglos México y Latinoamérica ha sido parte de una civilización rica y biodiversa, que a su vez ha sido negada por los parámetros civilizatorios occidentales. El surgimiento de los pueblos de maíz encontró su base y fundamento en la cosmovisión vinculada a la Madre Tierra. Se torna complicada la comprensión de la esencia y del fluir de las culturas*

mesoamericanas cuando se abandona la multidimensionalidad de los pueblos de maíz, que si bien yace enterrada no ha desaparecido. Podemos apelar asimismo a la concepción de la naturaleza y el lugar que ocupa cada ser vivo en el cosmos. Los pueblos de maíz aluden a la naturaleza como a la madre y amiga en donde uno se cobija y retroalimenta, y entre más cerca estemos de ella, podremos reconocernos como parte integral de la misma. Asumir nuestra condición humana como parte del orden cósmico y aspirar a integrarnos permanentemente a nuestra madre tierra Koatlikue Pachamama incluye una conexión armónica con todos los seres vivos que cohabitamos en ella. El respeto a los principios del orden universal, así como a los seres de toda familia y especie es lo que nos empuja a la realización de nuestro destino en una dimensión trascendental. Aplicar nuestra labor y energía a obtener de la naturaleza el alimento que nos permite vivir, no debe ser sancionado, sino al contrario, es la oportunidad que se nos presenta para enlazarnos solidariamente al orden del universo. Nuestra relación con la naturaleza engloba muchas más dimensiones, no sólo el nivel material que se obtiene mediante el trabajo. Encasillarse únicamente en uno de estos niveles nos imposibilita el reconocimiento de la diferencia. En la cosmovisión de los pueblos de maíz, la Tierra no es considerada una mercancía, sino una fuente de vida que, al igual que nosotros, necesita alimentarse. Es un territorio común que forma parte de una herencia cultural recibida, con sus diferentes manifestaciones. Es la tierra de los abuelos, en donde duermen nuestros antepasados difuntos. La Tierra es el espacio preciso donde se manifiestan las fuerzas sobrenaturales, ahí se expresan los fenómenos favorables y los dañinos, y se encuentran los sitios sagrados, los peligros, las visiones míticas y los relatos primigenios.

La Tierra es un ser vivo, que se renueva y responde ante los actos de los seres humanos. Por eso, el trato con ella no es solamente mecánico, también incluye el

carácter simbólico representado por rituales y reverencias que se expresan en mitos y leyendas, así como en la vida misma de muchas comunidades. La Tierra es también el territorio originario donde la comunidad sienta sus reales y recrea una unidad inseparable entre el territorio y la comunidad. En la vida de las comunidades, la lógica de la autosuficiencia gobierna muchas acciones, ofrece una seguridad básica, así sea sólo con lo indispensable, aun en años difíciles y situaciones extremas, pero para que este mecanismo múltiple funcione debe obrar en pequeña escala, a nivel humano. Este grado determina otra característica general de la economía indígena, sus escasos márgenes de excedentes y por consecuencia, su bajo nivel de acumulación. Tal condición ha sido señalada como una limitación escandalosa desde el punto de vista de quienes pugnan por el desarrollo capitalista de la economía nacional. En el fondo, se confrontan dos visiones antagónicas: la campesina, que tiene al maíz como base de la alimentación y sustento de la cultura; y la del libre comercio, que privilegia las ganancias y está constreñida a las leyes del mercado como norma de vida. Dos visiones, dos caminos. Necesitamos recuperar a nuestro maíz, esa planta humilde y grácil que sigue alimentando a México y que ahora está en riesgo debido a las políticas neoliberales.

Recuperar nuestro maíz significa luchar por diversidad, prosperidad económica, justicia social, estabilidad política y gobernabilidad. Sin Maíz no hay País, y sin proyecto de nación, el panorama se ensombrece.¹

¹ Producciones del campo y de la ciudad y GEA Grupo de Estudios Ambientales. *Filosofía del Maíz: Colección radiofónica. Los transgénicos ¡hoy, hoy, hoy!* México. Producciones del campo y de la ciudad y GEA Grupo de Estudios Ambientales, 2005.

